

# La lengua desterrada

Por **Marcelo Casarin**

La escritura de Daniel Moyano está atravesada por los avatares de su propia vida. Su lengua literaria es una lengua desterrada. Primero, es la que busca desde la periferia cultural argentina, desde las provincias (La Rioja, Córdoba), alguna entonación y sintaxis propias que le permitan hablar de ese interior que es territorial y existencial al mismo tiempo. “Tonaditas”, las nombra Moyano y las define como “musicalizaciones que se sostienen por sus ritmos, por ciertas asociaciones, por una manera de encarar el lenguaje. Funcionan como las hierbas aromáticas en las comidas: un toque de sabor, un ingrediente que se gusta pero que no se puede precisar”<sup>1</sup>.

Luego, cuando en 1976 se desata la sangrienta dictadura, la cárcel y el exilio le deparan a Moyano un largo periodo de silencio. El escritor recuerda que al llegar a Barcelona —en el *Cristóforo Colombo* donde se embarcó con su familia y las pocas cosas que pudo llevar—, advirtió que había sido deslenguado, que no sabía decir ni siquiera buenos días. Ese silencio duró varios años de su residencia en Madrid y recién en los primeros 80 pudo volver a escribir y a publicar como lo hacía desde su pequeña patria adoptiva, La Rioja argentina.

Las novelas *El trino del diablo*<sup>2</sup>, *El vuelo del tigre*<sup>3</sup>, *Tres golpes de timbal*<sup>4</sup>, son algunas de las más importantes narraciones de Moyano<sup>5</sup>, que lo sitúan en un lugar de incomodidad escritural constitutiva: esa lengua heredada, ese castellano de extramuros que busca alfabetizar a las comunidades originarias y, al mismo tiempo, es apropiada por nuevos hablantes que fuerzan la impuesta estandarización peninsular en el afán de encontrar modos de nombrar la novedosa configuración cultural de América. El castellano de América, dice Moyano a su manera, nos hace saber de dónde venimos la gran mayoría de los que habitamos el sur del continente: de España, pero también de Italia, de Europa central y de

Asia. Y adónde llegamos. A un vasto territorio ocupado por comunidades diversas: mexicas, aymaras, guaraníes y comechingones, cuyas lenguas alteraron el léxico, la prosodia y la sintaxis de ese castellano con el que también tienen que lidiar los escritores que Moyano admira: Roa Bastos, Juan Rulfo, Romilio Ribero... En su caso, además, las circunstancias lo sometieron a una nueva prueba: cuando ya no había duda de que una comunidad de lectores reconocía su voz singular de la narrativa argentina, entonces, el exilio lo confronta a la pérdida de la lengua propia en el mismo idioma, el español peninsular.

He aquí, quizá, alguna de las claves que permitan descifrar, entrever, la naturaleza experimental de su escritura: ser experimental, en Daniel Moyano, es la búsqueda, por momentos angustiosa, por darle a cada narración no solo un registro propio sino una lengua singular. Esa lengua singular es, por una parte, el desvelo de cualquier escritor que se confronta con los límites que le impone el propio instrumento de trabajo; y, por otra parte, una manera de reconocerse en el mundo, de buscar un lugar en el mundo.

Daniel Moyano murió en Madrid el 1 de julio de 1992; en 1959 publicó un poema premonitorio, que dice en su primer verso: *He muerto sin aprender un idioma*.<sup>6</sup>

1. Daniel Moyano "Los exilios de Juan José Hernández", en Juan José Hernández, *La señorita Estrella y otros cuentos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1987.

2. Daniel Moyano, *El trino del diablo*. Colección El llavero. Córdoba: Comunicarte, 2015.

3. Daniel Moyano, *El vuelo del tigre*. Edición crítica, Colección EALA. Buenos Aires: Corregidor, 2016.

4. Daniel Moyano, *Tres golpes de timbal*. Edición crítica, Colección Archivos. Córdoba: Alción, 2012; también: La Rioja, Ediciones Lampalagua, 2017.

5. Esta lista debería completarse al menos con Daniel Moyano, *Mi música es para esta gente. Cuentos completos*. Córdoba: Caballo negro, 2017.

6. Daniel Moyano, "El niño". Revista *Cara verde* nº 1, Córdoba, 1959.